

C.S. LEWIS

Mientras no tengamos rostro



Ésta es la historia de Orual, una mujer fea e hija del rey de Gloma; y de Psique, su hermanastra pequeña, niña de belleza deslumbrante, víctima de un extraño encantamiento que transformará su vida. Se trata de la reinterpretación de una vieja historia de la mitología griega, presente en la mente del autor durante la mayor parte de su vida, hasta que adquirió lo que sería su forma exacta: una narración alegórica sobre el destino de los hombres, la búsqueda del rostro auténtico del ser humano.

El amor es demasiado joven
para saber lo que es la conciencia.

SHAKESPEARE

A Joy Davidman

Prólogo

C. S. Lewis nació en Irlanda en 1898. Estudió en Oxford, donde fue profesor de Literatura inglesa medieval y renacentista desde 1925 hasta 1954. Este año, se trasladó a Cambridge, donde siguió impartiendo sus clases hasta el día de su muerte, en 1963.

Durante su estancia en Oxford, trabajó amistad con J. R. R. Tolkien, en quien descubrió un profundo parentesco espiritual. Lewis era ateo, pero poco a poco emprendería una peregrinación interior que, tras recorrer las diversas parcelas del pensamiento moderno, le condujo a la fe cristiana. Desde entonces, su asombroso sentido común y su incomparable clarividencia para descubrir el núcleo de las cuestiones, produjeron multitud de ensayos teológicos y filosóficos de gran calidad, escritos en un lenguaje sencillo, asquible a todos los públicos. Prueba de ello es el gran éxito editorial que sus libros han alcanzado en Europa y Estados Unidos.

En este libro, que es una de las pocas obras narrativas del autor, late la pregunta que el hombre de todos los tiempos se ha planteado: ¿quién soy yo? No simplemente quién es el hombre en general, sino qué debe tener la vida para que sea «mi» vida, cómo lo que pasa puede llegar a ser lo que «me» pasa, qué debo hacer para que mi apariencia no sea una simple máscara sino mi verdadero rostro. Es la pregunta por el camino que debe seguir el hombre para redescubrir su identidad personal: su nombre propio.

Para Lewis, el intento de dominar lo que soy, lo que vivo, lo que poseo y lo que amo, reviste siempre un carácter

engañoso; querer controlar mi apariencia ante mí mismo y ante los demás no deja de ser una mascarada. Por eso sólo la apariencia rendida, entregada, sencilla, es convincente. Pero a esta autenticidad no se llega por un camino de esfuerzos excesivamente lúcidos, por un desprendimiento inhumano, por una autonegación que casi sea un suicidio. El camino hacia la luz del propio rostro discurre con más simplicidad, sin sospechosas pretensiones ni histerismos, por derroteros de obediencia que —desde fuera— pueden parecer muy difíciles, pero que para el caminante se hacen asequibles y naturales, y que éste recorre casi sin darse cuenta, con espontánea sencillez.

Para expresar esto, Lewis recurre al mito de Psique y Cupido. La historia que presenta es la historia de toda humildad, de toda ingenuidad infantil: la historia del verdadero corazón del hombre, en cuya búsqueda invertimos toda nuestra existencia. Es la historia del rostro auténtico del ser humano, rostro que es el único que puede dar sentido y unidad a los diversos aspectos —de técnica, poder, conocimiento, riqueza— de la vida del hombre.

EDUARDO TERRASA

Nota

La historia de Cupido y Psique aparece por vez primera en una de las escasas novelas latinas que conservamos, las *Metamorfosis* (a veces llamada *El asno de oro*) de Lucio Apuleyo Platónico, que nació hacia el 125 A. D. Su contenido, en lo que nos atañe, es el siguiente:

Un rey y una reina tenían tres hijas, la menor de las cuales era tan hermosa que los hombres la adoraban como si fuese una diosa y descuidaron por su causa el culto a Venus. Tanto era así que Psique (así se llamaba la hija menor) no tenía pretendientes; los hombres veneraban demasiado su supuesta divinidad para aspirar a su mano. El padre, al consultar al oráculo de Apolo respecto a su matrimonio, recibió esta respuesta: «No esperes un yerno humano. Abandona a Psique en una montaña y deja que sea pasto de un dragón». Y él, obedientemente, la abandonó.

Venus, sin embargo, celosa de la belleza de Psique, había concebido ya su propio castigo: había ordenado a su hijo Cupido que inflamase a la muchacha con una pasión irreprimible por los hombres de más vil condición. Cupido se disponía a cumplir el mandato, pero al ver a Psique él mismo se enamoró. Apenas la abandonaron en la montaña, hizo que el Viento de Poniente (el Céfito) se la llevase a un lugar secreto donde él había dispuesto un magnífico palacio. Allí la visitaba por las noches y gozaba de su amor; le prohibió, no obstante, ver su rostro. Poco después ella le pidió permiso para que sus dos hermanas fueran a visitarla. El dios consintió de mala gana, pero las llevó volando al palacio. Agasajadas como reinas, las hermanas expresaron

gran satisfacción a la vista de todo aquel esplendor. Pero por dentro la envidia las reconcomía porque sus maridos no eran dioses, ni sus casas tan hermosas como la de su hermana.

Así pues, se confabularon para destruir su dicha. Al volver a visitarla le hicieron creer que su misterioso marido debía ser en realidad una monstruosa serpiente. «Esta noche —le dijeron— ve a tu alcoba con una lámpara tapada con un velo y un cuchillo afilado. Cuando él se haya dormido, descubre la lámpara (verás el horror que yace en tu lecho) y mátalos de una puñalada». Psique, crédula, prometió hacerlo.

Cuando destapó la lámpara y vio al dios durmiente, lo miró rebotante de amor, hasta que de la lámpara cayó una gota de aceite caliente sobre su hombro y lo despertó. Cupido, en pie de un salto, desplegó sus brillantes alas, y, recriminándola, ante su vista se evaporó.

Las dos hermanas no pudieron disfrutar a sus anchas de la mala acción, pues Cupido tomó medidas para causarles la muerte. Entretanto Psique erraba sin rumbo, maldita y desolada, deseando ahogarse en el primer río que le saliera a su camino; pero el dios Pan malogró su intento y la conminó a no repetirlo nunca más. Tras muchas calamidades cayó en manos de su más encarnizada enemiga, Venus, que la tomó como esclava, atormentándola e imponiéndole obligaciones que nadie habría sido capaz de sobrellevar. La primera de ellas, que consistía en seleccionar semillas colocándolas en montones separados, pudo cumplirla gracias a la ayuda de unas solícitas hormigas. Seguidamente, tuvo que hacerse con un mechón del vellocino de oro de ciertos corderos asesinos de hombres; a la orilla de un río, un junco le susurró al oído que podía hacerlo recogiendo la lana que quedaba enredada entre los arbustos. Después, tuvo que llenar una copa con agua de la Estigia, adonde sólo podía llegarse trepando a la cumbre de unas montañas intransitables; pero un águila salió a su encuentro, tomó la

copa de sus manos y se la devolvió llena de aquella agua. Por último, enviada al mundo inferior, hubo de ir a buscar para Venus, y encerrar en una caja, la belleza de Perséfone, la Reina de los Muertos. Una voz misteriosa le indicó la manera de llegar hasta Perséfone sin perder por ello la ocasión de regresar a nuestro mundo: durante el trayecto, varias personas, aparentemente dignas de su compasión, le suplicarían ayuda, pero ella no tenía que hacerles caso. Y cuando Perséfone le entregase la caja (que contenía su belleza), en ningún caso debía abrirla para mirar en su interior. Psique obedeció en todo y regresó con la caja al mundo superior, pero en ese momento la curiosidad la pudo y acabó mirando lo que había dentro. Al instante se desmayó.

Cupido volvió entonces junto a ella, pero esta vez fue para perdonarla. Intercedió ante Júpiter, quien autorizó sus bodas y consintió en convertir a Psique en una diosa. Venus se avino a ello, y todos vivieron felices para siempre jamás.

Mi modificación principal en esta versión ha consistido en hacer que el palacio de Psique sea invisible a los ojos normales, mortales... si «hacer» no es una palabra equívoca para algo que se me impuso por sí mismo, desde la primera vez que leí la historia, como lo que realmente tuvo que ser. Este cambio de rumbo comporta un motivo más ambiguo y un carácter distinto para mi heroína y, finalmente, altera por completo la naturaleza del relato. Me sentí libre para seguir a Apuleyo, a quien veo como su transmisor, no como su creador. Nada más lejos de mi ánimo que recuperar la peculiar naturaleza de las *Metamorfosis*: esa extraña mezcla de novela picaresca, cómic de terror, tratado mistagógico, pornografía y ejercicio de estilo. Apuleyo fue, por descontado, un hombre de genio: pero en lo que se refiere a mi trabajo es una «fuente», no una «influencia» o un «modelo».

Su versión ha sido seguida muy de cerca por William Morris (en *The Earthly Paradise*) y por Robert Bridges (*Eros and Psyche*). Ninguno de los poemas revela, en mi opinión,

lo mejor de sus autores. La versión completa de las *Metamorfosis* fue traducida por última vez por Mr. Robert Graves (Penguin Books, 1950).

C. S. Lewis

En otra ocasión, C. S. Lewis escribió sobre *Mientras no tengamos rostro*:

«Esta reinterpretación de una vieja historia ha permanecido en el pensamiento de su autor, adquiriendo con los años mayor densidad y solidez, desde antes de su licenciatura. Podría decirse, pues, que ha trabajado en ella la mayor parte de su vida. Recientemente, se le reveló en la que parecía ser su forma justa, y de pronto los motivos encajaron unos en otros: la narración cruda de la barbarie, los pensamientos de una mujer fea, ciega idolatría en pugna con pálidas luces y con la visión, y los estragos que una vocación, una fe incluso, causa en la vida humana».

Primera parte

Capítulo Primero

Soy vieja ya y la ira de los dioses no me inquieta demasiado. No tengo ni esposo ni hijo ni un amigo siquiera a quien puedan hacer daño. Mi cuerpo, esta escuálida carroña a la que aún hay que lavar y alimentar y vestir diariamente con tantas mudas, pueden destruirlo cuando les plazca. La sucesión está prevista. La corona pasa a mi sobrino.

Libre, pues, de temor, voy a escribir en este libro lo que nadie en posesión de la felicidad se atrevería a escribir. Acusaré a los dioses; especialmente al dios que habita la Montaña Gris. Voy a contar, en fin, desde el principio, todo lo que me ha hecho, como si expusiera mis cargos ante un juez. Pero no hay quien juzgue entre dioses y hombres, y el dios de la montaña no va a replicar. El terror y las calamidades no son una réplica. Escribo en griego, tal y como mi viejo maestro me enseñó. Quizá algún día un viajero de esas tierras vuelva a alojarse en este palacio y lea el libro. Quizá lo comente entre los suyos, que pueden, incluso respecto a los dioses, expresarse con gran libertad. Tal vez sus sabios entiendan mejor mi querella, si es justa o si el dios hubiera podido defenderse en caso de haber replicado.

Yo era Orual, la hija mayor de Trom, rey de Gloma. Para un viajero que venga del sudeste, la ciudad de Gloma se encuentra a la izquierda del río Shennit, a no más de un día de viaje desde Ringal, la ciudad más meridional de los dominios de Gloma. La ciudad está emplazada de espaldas al río, a la distancia que puede recorrer una mujer en un tercio de hora; porque la ribera del Shennit se inunda en primavera. En verano, pues, el lodo se secaba a uno y otro lado del

río, y se llenaba de juncos y de aves acuáticas. Pasado el vado del Shennit, casi a la misma distancia que media entre éste y nuestra ciudad, se llega a la sagrada mansión de Ungit. Y, pasada la mansión de Ungit (yendo siempre hacia occidente y luego al norte), se encuentra uno sin demora en las estribaciones de la Montaña Gris. El dios de la Montaña Gris, que me odia, es el hijo de Ungit. Él no vive, sin embargo, en la mansión de Ungit: allí está Ungit sola, sentada. Sentada en el último rincón de la casa, donde todo está tan oscuro que apenas se la puede distinguir, y donde tan sólo en verano puede ocurrir que se filtre, entre los respiraderos del tejado, luz suficiente para dejárnosla entrever. Es una piedra negra sin cabeza, sin manos, sin rostro, y es una diosa muy poderosa. Mi viejo maestro, al que llamábamos el Zorro, decía que era la misma a quien los griegos dan el nombre de Afrodita; pero los nombres de gentes y lugares yo los escribo en nuestra propia lengua.

Empezaré mi relato el día en que murió mi madre y nos cortaron el pelo, según costumbre. El Zorro —aunque por entonces aún no lo teníamos con nosotros— decía que es costumbre aprendida de los griegos. Batta, la nodriza, nos lo cortó a mí y a mi hermana Redival fuera del palacio, a los pies del jardín que se extiende, en marcada pendiente, hacia la colina de atrás. Redival era mi hermana y tenía tres años menos que yo; las dos éramos, todavía, hijas únicas. Mientras Batta se ocupaba con las tijeras, otras muchas esclavas nos rodeaban, llorando a ratos la muerte de la reina y gopeándose el pecho; pero entre una cosa y otra gastaban bromas y comían nueces. A medida que los rizos de Redival caían al suelo a golpe de tijera, las esclavas iban diciendo: «¡Ay, qué lástima! ¡Tanto oro echado a perder!». Nada parecido habían dicho cuando me lo cortaban a mí. Sin embargo, de aquella tarde de verano, lo que más recuerdo es el frío que sentí en la cabeza, y el calor del sol en la nuca, cuando Redival y yo estábamos haciendo castillos de barro.

Nuestra nodriza Batta era una mujer rubia, de grandes huesos y fuertes manos, que mi padre había comprado a unos mercaderes que la trajeron del lejano Norte. Cuando la hacíamos rabiarse, solía decirnos: «Ya veréis cuando vuestro padre os traiga una nueva reina y sea vuestra madrastra. Entonces cambiarán las cosas para vosotras. Comeréis queso rancio en lugar de tortas de miel, y leche sin nata en vez de vino tinto. Ya veréis, ya».

El rumbo que tomaron los acontecimientos hizo que, antes de que nos trajeran una madrastra, nos trajeran otra cosa. Aquel día había habido una gran helada. Redival y yo, con unas botas que nos habían puesto (la mayor parte de las veces íbamos descalzas o con sandalias), tratábamos de patinar por el patio que hay detrás de la parte más antigua del palacio, la que tiene las paredes de madera. El camino desde la puerta del cobertizo al gran estercolero estaba todo cubierto de hielo, entre charcos y restos congelados de leche derramada y de orina de las bestias; pero la superficie era demasiado desigual para patinar. De pronto salió Batta, llamándonos con la nariz roja de frío:

—¡Rápido, rápido! ¡Ay de vosotras, cochinas! Lavaos enseguida y presentaos ante el rey. Ya veréis quién os espera. ¡Pues no van a cambiar ahora las cosas para vosotras...!

—¿Quién es? ¿La madrastra? —preguntó Redival.

—Algo peor, mucho peor, ya veréis —respondió Batta, limpiando la cara de Redival con la punta de su delantal—. Os esperan a las dos muchos latigazos, muchos tirones de orejas, muchos y duros trabajos.

De este modo, de prisa y corriendo, nos llevó a las nuevas dependencias del palacio, todas ellas de ladrillo pintado, con guardias armados, y pieles y cabezas de animales colgando de las paredes. Nuestro padre estaba de pie en la Sala de las Columnas, junto al hogar, y a su lado, en ropas de viaje, había tres hombres a quienes conocíamos bastante bien: eran mercaderes que venían a Gloma tres veces al año. Acababan de recoger sus balanzas, por lo que

supimos que se les había pagado por algo, y uno de ellos estaba guardando un par de grilletes, por lo que supimos que acababan de vender un esclavo a nuestro padre. Había también entre ellos un hombre de baja estatura y compleción gruesa, del que pensamos enseguida que debía tratarse del hombre que le habían vendido, porque todavía se le podían ver en las piernas las magulladuras de los hierros. Sin embargo, no se parecía a esclavo alguno que hubiéramos visto jamás. Sus ojos brillaban con intensidad y su barba y su pelo, cuando no eran grises, eran rojizos.

—Pues bien, griego mío —decía mi padre al hombre aquel—, tengo esperanzas de engendrar un príncipe un día de éstos, y quiero verlo crecer en medio de toda la sabiduría de vuestro pueblo. Mientras tanto, habrás de practicar con *ellas* —nos señaló a nosotras, las niñas—. Si un hombre es capaz de enseñar algo a una muchacha, bien puede enseñar cualquier cosa. —Justo antes de despedirnos, añadió—: Especialmente a la mayor. A ver si puedes hacer de ella una mujer sabia; es prácticamente su única solución.

Yo no entendí nada, pero sabía, desde que tengo memoria, que cosas como ésas eran las que la gente decía de mí.

He querido al Zorro, como mi padre lo llamaba, más que nadie. Habríase dicho que un hombre que había sido libre en Grecia, luego prisionero de guerra y por fin vendido entre bárbaros lejos de su tierra, hubiera de mostrarse abatido. Y así era, a veces; probablemente más de lo que yo, a mis pocos años, pudiera imaginar. Pero jamás le oí lamentarse; y nunca le oí jactarse (como se jactaban todos los demás esclavos extranjeros) del gran hombre que había sido en su país natal. Sabía darse ánimos con proverbios de toda clase: «Ningún hombre es un verdadero exiliado si recuerda que el mundo entero es una sola ciudad», y también: «Las cosas son buenas o malas según las hace nuestra opinión». Sin embargo, creo que lo que de verdad hacía de él un hombre tan animoso era su curiosidad. Nunca he co-